

En suma: el libro tiene ese carácter de introducción que afirma el subtítulo, y está bien configurado para servir de guía, de síntesis y de invitación a la lectura de las obras de J. Ratzinger, algo facilitado notablemente al lector en lengua castellana ya que está en marcha el proyecto de traducción de sus obras completas.—S. MADRIGAL.

LE GUILLOU, MARIE-JOSEPH, *El rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II* (Ed. Encuentro, Madrid 2012), 421p., ISBN: 978-84-9920-153-5.

Ediciones Encuentro publica una esmerada traducción del libro de Marie-Joseph Le Guillou (1920-1990), *El rostro del Resucitado*, un ensayo teológico con tono de meditación en el que el dominico y perito conciliar hizo una gran síntesis de las enseñanzas del Vaticano II. La reciente edición en lengua castellana de este libro se ha hecho coincidir con el cincuenta aniversario de la inauguración del Concilio. Originalmente, esta obra vio la luz en 1967, y lleva por subtítulo *grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Vaticano II*. Son notables, a la vista de los actuales problemas de interpretación del último Concilio, las reflexiones que se leen en las primeras páginas: el teólogo francés nos recuerda que el primer título que pensó para su libro sonaba así: *el concilio como acontecimiento*, porque «más allá del simple análisis literario de los documentos conciliares, tenía la intención de concretar *lo que había pasado en el Concilio y lo que tenía significado para toda la Iglesia*». Y confiesa, a renglón seguido, que el verdadero sentido del acontecimiento residía en el misterio de Cristo y en *el encuentro con Cristo*; por eso, pensó este otro título: «el misterio de Cristo en el Concilio Vaticano II». Con todo, ya hemos adelantado la decisión final y la opción por un rótulo «un tanto insólito —reconoce Le Guillou— para una obra dedicada al Concilio: *El rostro del Resucitado*» (p.38-39).

Le Guillou, un discípulo de Y. Congar, ha sido uno de los teólogos del siglo xx que ha destacado en el planteamiento de algunos de los temas centrales del Concilio Vaticano II, como el ecumenismo y la misión de la Iglesia. Sea citada a este respecto do de sus obras principales *Misión y unidad. Las exigencias de la comunión y Teología del misterio. Cristo y la Iglesia*. El libro que presentamos está articulado en cuatro secciones de desigual amplitud que reagrupan un total de veinte capítulos. Los dos primeros capítulos dan cuenta del título principal al hilo del interrogante: ¿qué rostro?, que remite a unas palabras del beato Juan XXIII: ¿qué es un concilio ecuménico sino la renovación de este encuentro con la faz de Jesús resucitado? (p.55). En la segunda parte, subdividida en cuatro capítulos, se presenta a Cristo como el rostro de Dios Padre, arrancando nuevamente de un texto del Papa bueno donde estableció la conexión *lumen Christi, Ecclesia Christi, lumen gentium* (p.75). En este marco aflora con especial densidad y es objeto de comentario el documento conciliar acerca de la revelación divina, *Dei Verbum*. Escritura y tradición son el espejo donde la Iglesia contempla el Rostro. A partir de estos presupuestos esboza los principios que rigen su síntesis doctrinal: «El prodigioso edificio del concilio Vaticano II, constituido por las constituciones, los decretos y las declaraciones, nos desvela su lógica interna: la vía de acceso es necesariamente la constitución *Dei Verbum* (sobre la revelación) y la constitución *Sacrosanctum Conci-*

*lium* (sobre la liturgia). Gracias a ellas podremos descubrir el significado verdadero de *Lumen gentium* y de *Gaudium et spes*, así como de todos los demás textos, que no es otro que el misterio de Cristo» (p.101). El capítulo quinto está dedicado al Espíritu Santo, al «soplo del Dios vivo», y «la Iglesia es el lugar propio de la acción del Espíritu enviado por el Padre, gracias a la mediación de la carne de Cristo» (p.106). Y el perito conciliar llama la atención sobre este hecho paradójico: un Concilio, cuyo objeto propio es la Iglesia está completamente presidido por el misterio del Dios trinitario (p.142).

La tercera parte, avanzando según el proceso teológico esbozado, se centra ahora en la Iglesia como rostro de Dios. A lo largo de siete capítulos de bella factura literaria se quiere describir el misterio de la Iglesia. El movimiento del Vaticano II va de la revelación al mundo (p.151). En una sinopsis se presenta anticipadamente la estructura orgánica de las constituciones, decretos y declaraciones (p.152): partiendo de la Revelación, del Dios revelado en Jesucristo por el Espíritu Santo, hay que considerar la liturgia, la Iglesia, la reforma, la libertad religiosa, la misión, el ecumenismo, las religiones no cristianas, la relación con el mundo. Esta sección reflexiona sobre los temas señalados.

Con ayuda de los textos conciliares se va reconstruyendo el ser de la Iglesia como irradiación del rostro: pueblo de Dios, cuerpo de Cristo en el Espíritu, sacramento y comunión en el misterio trinitario, la catolicidad y la misión de la Iglesia, las Iglesias locales. El capítulo noveno, que está dedicado a la libertad religiosa, «como el complemento antropológico de las grandes afirmaciones religiosas sobre la revelación, la Iglesia y la misión» (p.196), culmina en una descripción de Iglesia como sacramento de libertad. El capítulo décimo avanza sobre un tema muy querido para Le Guillou, la era ecuménica, donde ofrece un comentario al controvertido pasaje «subsistit in» (p.211ss). El siguiente capítulo llama la atención sobre el hecho de que el Vaticano II ha sido el primer concilio que se ha ocupado del problema de las otras religiones y la sacramentalidad de la Iglesia se ofrece como «el fundamento dogmático de su encuentro con las otras religiones» (p.227). Esta tercera sección culmina en el capítulo duodécimo que trata del diálogo con el mundo siguiendo las huellas de la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Dentro de la riqueza profética y espiritual del Vaticano II Le Guillou reflota el título de «Iglesia de los pobres» que Juan XXIII utilizó en la víspera del Concilio (p.270ss).

El cuarto y último bloque consta de siete capítulos y está puesto bajo el lema de «contemplar y transparentar el rostro», que indica su orientación específica, a saber, la vida de los cristianos en el seguimiento de Cristo, o, como dice Le Guillou, «el programa que el Vaticano II propone a los cristianos» (p.286). El Concilio ha esbozado los trazos tradicionales y modernos del cristiano contemporáneo: llamado a asumir en la interioridad el misterio de Dios será a imagen del Maestro adorador del padre (cap.15), hermano universal (cap.16), católico, libre, fraternal y pobre (cap.17). En el nuevo Pentecostés que fue el Concilio para la Iglesia ocupa un lugar especial la Madre de Jesús, madre de Dios y de la Iglesia (cap.18). Los dos últimos capítulos son muy breves y vuelven la mirada a Jesucristo, modelo de amor para una Iglesia transfigurada y plenitud de sentido. Toda la existencia cristiana queda marcada por la contemplación del misterio de Cristo.

Gabriel Richi ha escrito una presentación del libro a modo de invitación a su lectura. Recoge, por lo demás, algunas de las reacciones que ya en su momento suscitó este libro del P. Le Guillou. O. Clément alabó la fuerza de una síntesis llamada a hacer

época. H. de Lubac subrayó el lugar que este libro escrito con amor reconoce a la constitución sobre la revelación. A juicio de Y. Congar, el libro es una bella meditación espiritual que responde a la pregunta: ¿qué aporta el Concilio para nuestra vida espiritual? Denota, pues, un cierto intimismo espiritual; para el autor de *Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia, El rostro del resucitado* esquiva las cuestiones problemáticas referentes a las reformas institucionales.

En todo caso, este libro nos enseña algo fundamental para este tiempo de recepción del Vaticano II, a saber: es necesario tratar de entender a fondo lo que el Espíritu ha querido decir a la Iglesia a través del *acontecimiento* que ha sido el Concilio Vaticano II. Su lectura de los dieciséis documentos conciliares ofrece pistas para una contemplación del misterio de Cristo y de la Iglesia que no es común en muchas aproximaciones a los textos conciliares.—S. MADRIGAL.

SCHLEIERMACHER, FRIEDRICH, *La fe cristiana* (Sígueme, Salamanca 2013), 799p., ISBN: 978-84-301-1823-6.

¿Por qué editar ahora la obra magna de F. Schleiermacher? ¿Merece la pena hacer el esfuerzo de leer en español al padre de la teología protestante moderna? ¿Todavía sigue siendo un teólogo de referencia después de la cesura que ha representado el siglo xx respecto a siglos anteriores? La historia es maestra y lo es de forma significativa en sus mejores logros y expresiones. Aunque sólo fuera por esta razón ya merecería la pena ofrecer esta obra que representa la obra cumbre del teólogo de Breslau. La edición de una obra de estas características en ya un homenaje en sí mismo a la teología y a quienes la ejercen de una forma vocacional y profesional. Las razones, no obstante, más allá de esta elemental, pueden ser muchas. En primer lugar, porque es necesario realizar en España una recepción más completa de la obra de este autor, pues desgraciadamente su lectura ha sido bastante parcial y fragmentaria. En segundo lugar, porque además del enriquecimiento objetivo que supone el conocimiento de una obra de estas características, su aparición en el panorama teológico nos muestra de nuevo que la teología es una ciencia que se realiza en el tiempo. No es posible una *theologia perennis* que se haga insensible al acontecer de la historia y no responda a los desafíos que cada época le sitúa en su horizonte. En este sentido, Schleiermacher ya se percató de la necesidad de encontrar a la teología un lugar específico que le pusiera a salvo y a la vez en diálogo con otras ciencias y no sucumbiera a la tentación de convertirse en metafísica especulativa o en moral práctica. Más allá de un dogmatismo estéril y de una hermenéutica frágil encontró la región propia de la teología en la fe cristiana vivida y examinada científicamente. La experiencia de la fe es el fundamento de su teología dogmática. No estamos hoy exactamente en la misma encrucijada, pero no faltan tentaciones en la teología actual que propugnan de facto una vuelta hacia atrás de una forma un tanto ingenua a una situación de la filosofía y la teología que ya no existen, o una salida hacia delante que en realidad supone una disolución de la teología en otro tipo de ciencia.

La Dogmática de Schleiermacher es también una invitación a volver a la teología desde la construcción armónica y unitaria. Iniciada en las lecciones que dio el teólogo alemán en la Universidad de Halle (1804-1806) y la Universidad de Berlín (1811-1930)